

D. JOSÉ MARÍA HEREDIA.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tellez

D. JOSÉ MARÍA HEREDIA.

Á LA ESTRELLA DE VENUS.

Estrella de la tarde silenciosa,
Luz apacible y pura
De esperanza y amor, salud te digo.
En el mar de Occidente ya reposa
La vasta frente el sol, y tú en la altura
Del firmamento solitaria reinas.
Ya la noche sombría
Quiere tender su diamantado velo,
Y con pálidas tintas baña el suelo
La blanda luz del moribundo día.
¡Hora feliz y plácida cual bella!
Tú la presides, vespertina estrella.

Yo te amo, astro de paz. Siempre tu aspecto
En la callada soledad me inspira
De virtud y de amor meditaciones.
¡Qué delicioso afecto
Excita en los sensibles corazones
La dulce y melancólica memoria
De su perdido bien y de su gloria!
Tú me la inspiras. ¡Cuántas, cuántas horas
Viste brillar serenas
Sobre mi faz en Cuba !..... Al asomarse
Tu disco puro y tímido en el cielo,
Á mi tierno delirio daba rienda

En el centro del bosque embalsamado,
Y por tu tibio resplandor guiado
Buscaba en él mi solitaria senda.

Bajo la copa de la palma amiga,
Trémula, bella en su temor, velada
Con el mágico manto del misterio,
De mi alma la señora me aguardaba.
En sus ojos afables me reía
Ingenuidad y amor: yo la estrechaba
Á mi pecho encendido,
Y mi rostro feliz al suyo unido,
Su balsámico aliento respiraba.
¡Oh goces fugitivos
De placer inefable! ¡Quién pudiera
Del tiempo detener la rueda fiera
Sobre tales instantes!.....
Yo la admiraba extático: á mi oído
Muy más dulce que música sonaba,
El eco de su voz, y su sonrisa
Para mi alma era luz. ¡Horas serenas
Cuya memoria cara
Á mitigar bastara
De una existencia de dolor las penas!
¡Estrella de la tarde! ¡Cuántas veces
Junto á mi dulce amiga me mirabas
Saludar tu venida, contemplarte,
Y recibir en tu amorosa lumbre
Paz y serenidad!.....

Ahora me miras
Amar también, y amar desesperado.
Huir me ves al objeto desdichado
De una estéril pasión, que es mi tormento
Con su belleza misma;
Y al renunciar su amor, mi alma se abisma
En el solo y eterno pensamiento,
De amarla, y de llorar la suerte impía
Que por siempre separa
Su alma del alma mía.

EN EL TEOCALLI DE CHOLULA.

¡Cuánto es bella la tierra que habitaban
Los aztecas valientes! En su seno
En una estrecha zona concentrados
Con asombro se ven todos los climas
Que hay desde el Polo al Ecuador. Sus llanos
Cubren á par de las doradas mieses
Las cañas deliciosas. El naranjo
Y la piña y el plátano sonante,
Hijos del suelo equinoccial, se mezclan
Á la frondosa vid, al pino agreste,
Y de Minerva al árbol majestuoso.
Nieve eternal corona las cabezas
De Iztaccihual purísimo, Orizaba
Y Popocatepec; sin que el invierno
Toque jamás con destructora mano
Los campos fertilísimos, do ledo
Los mira el indio en púrpura ligera
Y oro teñirse, reflejando el brillo
Del sol en Occidente, que sereno
En hielo eterno y perennal verdura
Á torrentes vertió su luz dorada,
Y vió á Naturaleza conmovida
Con su dulce calor hervir en vida.

Era la tarde: su ligera brisa
Las alas en silencio ya plegaba
Y entre la hierba y árboles dormía,
Mientras el ancho sol su disco hundía
Detrás de Iztaccihual. La nieve eterna,
Cual disuelta en mar de oro, semejaba
Temblar en torno de él; un arco inmenso
Que del empíreo en el cenit finaba
Como espléndido pórtico del cielo
De luz vestido y centellante gloria,
De sus últimos rayos recibía

Los colores riquísimos. Su brillo
Desfalleciendo fué: la blanca luna
Y de Venus la estrella solitaria
En el cielo desierto se veían.
¡Crepúsculo feliz! Hora más bella
Que la alba noche y el brillante día,
¡Cuánto es dulce tu paz al alma mía!

Hallábame sentado en la famosa
Choloteca pirámide. Tendido
El llano inmenso que ante mí yacía,
Los ojos á espaciarse convidaba.
¡Qué silencio! ¡qué paz! ¡Oh! ¿quién diría
Que en estos bellos campos reina alzada
La bárbara opresión, y que esta tierra
Brotó mieses tan ricas, abonada
Con sangre de hombres, en que fué inundada
Por la superstición y por la guerra?.....

Bajó la noche en tanto. De la esfera
El leve azul, obscuro y más obscuro
Se fué tornando: la movible sombra
De las nubes serenas, que volaban
Por el espacio en alas de la brisa,
Era visible en el tendido llano.
Iztaccihual purísimo volvía
Del argentado rayo de la luna
El plácido fulgor, y en el Oriente
Bien como puntos de oro centellaban
Mil estrellas y mil..... ¡Oh! os saludo
Fuentes de luz, que de la noche umbría
Ilumináis el velo,
Y sois del firmamento poesía.

Al paso que la luna declinaba,
Y al ocaso fulgente descendía
Con lentitud, la sombra se extendía
Del Popocatepec, y semejaba
Fantasma colosal. El arco obscuro

Á mí llegó, cubrióme, y su grandeza
Fué mayor y mayor, hasta que al cabo
En sombra universal veló la tierra.

Volví los ojos al volcán sublime,
Que velado en vapores transparentes,
Sus inmensos contornos dibujaba
De Occidente en el cielo.
¡Gigante del Anáhuac! ¿Cómo el vuelo
De las edades rápidas no imprime
Alguna huella en tu nevada frente?
Corre el tiempo veloz, arrebatando
Años y siglos, como el norte fiero
Precipita ante sí la muchedumbre
De las olas del mar. Pueblos y reyes
Viste hervir á tus pies, que combatían
Cual hora combatimos, y llamaban
Eternas sus ciudades, y creían
Fatigar á la tierra con su gloria.
Fueron: de ellos no resta ni memoria.
¿Y tú eterno serás? Tal vez un día
De tus profundas bases desquiciado
Caerás; abrumará tu gran ruina
Al yermo Anáhuac; alzaránse en ella
Nuevas generaciones, y orgullosas
Que fuiste negarán.....

Todo parece
Por ley universal. Aun este mundo
Tan bello y tan brillante que habitamos,
Es el cadáver pálido y deforme
De otro mundo que fué.....

En tal contemplación embebecido
Sorprendióme el sopor. Un largo sueño
De glorias engolfadas y perdidas
En la profunda noche de los tiempos,
Descendió sobre mí. La agreste pompa
De los reyes aztecas desplegóse
Á mis ojos atónitos. Veía,

Entre la muchedumbre silenciosa
De emplumados caudillos, levantarse
El déspota salvaje en rico trono
De oro, perlas y plumas recamado;
Y al son de caracoles belicosos
Ir lentamente caminando al templo
La vasta procesión, do la aguardaban
Sacerdotes horribles, salpicados
Con sangre humana rostros y vestidos.
Con profundo estupor el pueblo esclavo
Las bajas frentes en el polvo hundía
Y ni mirar á su señor osaba,
De cuyos ojos férvidos brotaba
La saña del poder.

Tales ya fueron
Tus monarcas, Anáhuac, y su orgullo:
Su vil superstición y tiranía
En el abismo del no ser se hundieron.
Sí, que la muerte, universal señora,
Hiriendo al par al déspota y esclavo,
Escribe la igualdad sobre la tumba.
Con su manto benéfico el olvido
Tu insensatez oculta y tus furoros
Á la raza presente y la futura.
Esta inmensa estructura
Vió á la superstición más inhumana
En ella entronizarse. Oyó sus gritos
De agonizantes víctimas, en tanto
Que el sacerdote, sin piedad ni espanto,
Les arrancaba el corazón sangriento;
Miró el vapor espeso de la sangre
Subir caliente al ofendido cielo
Y tender en el sol fúnebre velo,
Y escuchó los horrendos alaridos
Con que los sacerdotes sofocaban
El grito del dolor.

Muda y desierta
Ahora te ves, pirámide. ¡Más vale
Que semanas de siglos yazcas yerma,

Y la superstición á quien serviste
En el abismo del infierno duerma!
Á nuestros nietos últimos, empero,
Sé lección saludable; y hoy que el hombre
Al cielo, cual Titán, truena orgulloso,
Sé ejemplo ignominioso
De la demencia y del furor humano.

Á LA RELIGIÓN.

Sobrado tiempo con dorada lira
Canté de juventud las ilusiones,
Y en ligeras y fútiles canciones
Los afectos vertí que amor inspira.
Hoy, santa Religión, quiero cantarte
Y con piadoso anhelo
Mostrar tu gloria refulgente al suelo.

Musa de la verdad que en ígneo trono
Con tu solemne inspiración solías
Animar el acento de Isaías,
Ó del profeta rey el noble tono,
Oye mi voz humilde que te implora;
Mi tibio pecho inspira,
Y haz fulminar las cuerdas de mi lira.

Cuando con tanta estrella desparcida
Brilla sin nubes el nocturno cielo,
Quisiera suspirando alzar el vuelo,
Y á su perenne luz juntar mi vida:
Este secreto instinto me revela
En soledad y calma
Que no es la tierra el centro de mi alma.

Entre nubes de luz serena y pura
Vela el Criador su ceño majestuoso
Y circundan su trono misterioso

La eternidad pasada y la futura,
Compadecede del hombre la miseria,
Y su acento profundo
Por la revelación instruye al mundo.

¡Augusta Religión! de luz cercada
Bajas al mundo, que el error oprime;
Mostrando el cielo en ademán sublime,
Y con la santa cruz tu diestra armada;
Cubre tus ojos venda misteriosa,
Y majestuosamente
Brilla la eternidad sobre tu frente.

Tu trono es el empíreo. De su altura
Tú nos anuncias el primer pecado,
Al hombre por su mal degenerado,
Y la inefable redención futura:
Viene al mundo Jesús, de los humanos
(¡Venturoso destino!)
Reparador y redentor divino.

Su pura, simple y celestial doctrina
La feroz impiedad tachar no puede;
La voz de los profetas le precede,
Y el universo atónito se inclina,
Enfrénase á su voz el mar airado,
Y á su mandato fuerte
Su presa con pavor suelta la muerte.

Del justo Dios para templar la ira,
Y de su inmenso amor víctima santa,
Entre tormentos, cuyo horror espanta,
Pálido el Hombre-Dios gime y expira.
Núblase el sol, y yerta se estremece
La tierra oscurecida,
En sus eternos ejes conmovida.

Por su propia virtud resucitado
Triunfa Jesús, y con glorioso vuelo

Sube después al esplendente cielo,
Vencedor de la muerte y del pecado.
¡Milagros inefables! Confundido
¡Oh Cristo! yo te adoro,
Te confieso mi Dios, gimo y te adoro.

Mas la persecución fiera fulmina
Del infierno frenético lanzada,
Y con su pura sangre derramada
Sellan mártires mil su fe divina.
Triunfas ¡oh Religión! y al vasto mundo
Sojuzgas con presteza,
Nacida en la ignorancia y la pobreza.

El mísero mortal entre dolores
Al borde tiembla del sepulcro helado
Que á la luz de tu antorcha contemplado
La mitad perderá de sus horrores.
Ya la escena del mundo ve cerrada
Por la muerte severa,
Y tenebrosa eternidad espera.

Tu influjo bienhechor allí le alcanza.
Al terminar su vida borrascosa,
Enciendes en la tumba misteriosa
Luz de inmortalidad y de esperanza;
Y su afligido corazón llenando
De inefable consuelo,
Le haces entrar por el sepulcro al cielo.

Yo vi mil veces al tirano impío,
De hierro asolador el brazo armado,
Teñirlo en sangre, y de terror cercado
En crímenes fundar su poderío;
Y despreciando audaz á tierra y cielo
Con sonrisa ominosa,
Vile insultar la humanidad llorosa.

Hollando altivo á la virtud, gobierna

La tierra alguna vez el crimen fiero;
Mas es breve su imperio y pasajero;
La justicia de Dios vigila eterna;
De la virtud y la maldad existe
Un inmortal testigo:
Hay otra vida y Dios, premio y castigo.

¡Dogma sublime! ¡Celestial consuelo
Que al hombre justo en el dolor sustenta!
Al sucumbir á la opresión sangrienta
Eterno galardón busca en el cielo.
Fija la vista en él, y abroquelado
Con Dios y su conciencia,
Opone al crimen firme resistencia.

Triunfas ¡oh Religión! de tu victoria
Irritados los genios infernales
Preparan las serpientes y puñales
Para manchar tu refulgente gloria.
Núblase el aire ya, retiembla el suelo,
Y del Orco agitado
Lánzase al mundo el fanatismo armado.

Cubre su horror con tu brillante velo;
Brama, blande el puñal con faz umbría,
Y el humo negro de la hoguera impía
La pura luz obscureció del cielo.
Víctima suya el hombre te maldice,
Y con grito blasfemo
Feroz insulta al Hacedor Supremo.

¡Bárbara Inquisición! Cueva de horrores,
Descubre al universo tus arcanos
Y de tus sacerdotes inhumanos
Los crímenes revela y los furoros.
¡Cuántas víctimas ¡ay! atormentadas
En tu infernal abismo
Apelaban á Dios del fanatismo!

¡Divina Religión! Tú que veías
Al insolente monstruo dominando,
Y en tu nombre la tierra devorando,
En el seno de Dios tierna gemías.
Él te escuchó. Retumbará la esfera
Con su decreto eterno,
Y el fanatismo volverá al infierno.

Cobrarás la pureza de tu cuna,
Como después del huracán violento
En el atormentado firmamento
Con más cándida faz brilla la luna;
Y el mundo te verá desengañado
Dictar con dulce tono
Leyes de paz y amor desde tu trono.

Y libre al fin del duro cautiverio
Del odio y la fanática venganza,
Se abrirá el corazón á la esperanza,
Y adorará tu celestial imperio,
Que ha de sobrevivir cuando se aduerma
El tiempo fatigado
En escombros del mundo aniquilado.

ATENAS Y PALMIRA.

Al contemplar las áticas llanuras
En la serena cumbre del Himeto,
Espectáculo espléndido se goza.
Vense grupos de palmas, que otro tiempo
Oyeron de Platón la voz divina,
Y entre masas brillantes de verdura
Alza el olivo su apacible frente,
Cubre la viña el ondulante suelo
De esmeraldas y púrpura, y los valles
En diluvio de luz el sol inunda.